



Almas Ausentes.

A ADOLFO VALLES.

Aguda neurastenia, trastrocando mi concepción del mundo exterior, tenía me enclavado en una bella población, en donde aromas de azahares y vahos desprendidos del brial de aquellos campos de gardenias afinaban mi sensibilidad y como en un aliento de virgen me envolvían. Taludes colosales como hechos por gigantes, encajonan el hermoso valle que se desenrolla en rápidos declivos, como si brusca inundación de arbustos y de yerbas se arremolinara en los rincones, huera por los planes y al fin confusamente fuera á estrellarse en las laderas. Las negruzcas techumbres imbricadas de las casas medio asoman entre los frondajes de los nogales llenos de drupas, de los bananos oscilantes y los naranjos llenos de burbujas de oro; en los gramales felposos espejea el agua clara, y en el cielo y en

el aire hay esa profunda transparencia de cristal finísimo que se adivina en los ojos azules vistos muy de cerca.

En esa población la caza es algo más que un entretenimiento; sus moradores parecen descendientes de aquellos cetreros de linaje que veían transcurrir la vida adestrando gerifaltes y neblies. Las jaurías de sabuesos abundan por doquiera, y por cuetos y vericuetos se ven las huellas de los arrabiados cazadores.

Mi pequeña habitación, con albores de jalbegue reciente, llenábase de sol en las mañanas espléndidas, y en las tardes dolorosas el rosa moribundo del crepúsculo entraba en silencioso torbellino. ¡Ay, cómo para aquellas comarcas que albergaron tantas amarguras íntimas, conservo una sonrisa de amorosa y doliente gratitud! Ya sé que nunca, con fruición idéntica, volveré á sentir aquellas brisas, volveré á escuchar aquellas acariciadoras campanas, ni volveré á mirar aquellos campos en los que dilaté la mirada entristecida! La vida va borrando toda huella y una terca é inevitable imposibilidad pone en las almas. Quedan, sin embargo, las remembranzas fugaces como los relámpagos en los nubarrones de tormenta; pero aun éstos, en fuerza de llover, tórnanse blancos. Yo prefiero, pues, mis lutos interiores para conservar los relámpagos de mis recuerdos!

Tal vez ni con esfuerzo podría olvidar; algo de mi corazón y mucho de mi juven-

tuá quedó llorando por nefandos episodios en aquellas divinas tierras, como un cárcavo profundo, visible sólo á las pupilas mías. Acaso, lo más horriblemente bello del ambiente está en que disuelve, mezcla y confunde los hedores y las fragancias, las blasfemias y los trinos y los besos y los truenos.

Yo miro sin esfuerzo la callejuela sonriente, en cuyas tapias tremulaban cortinones de madre selva escurriendo caprichosa, las ventanas de madera de las casas diminutas y el empedrado desigual y negro que bordan cintas verdes de pequeño césped. Los divinos ojos zarcos de aquella londinense candorosa, parece que aun me miran entre los calados del visillo, y algo como una intensísima fascinación me torna inmóvil. Las asperezas de la angustia y las aristas del dolor se perdieron para siempre, y aquella faz de niña como un diamante jaquelado, la guardo en mi corazón. Yo creo en las resurrecciones de los espíritus que por amor murieron; y tal vez muy pronto, en alguna de mis peregrinaciones, aquellos ojos cariñosos me alumbrarán el camino de la paz y del bien.

En aquellos días, en rudo sonambulismo me agitaba; y mientras mi criada, un viejo barbudo y lacertoso, dormía como patriarca, las horas acariciaban mi frente en un insomnio pertinaz. A veces aquel Hércules dormido despertaba y con voz humilde y dulce me rogaba que procurara dormir. Agradecido, le decía que había dormido

ya, y entonces, como tronco derribado bruscamente, resoplando con holgura dejábase caer. ¿Qué mistagogas deben iniciarme en los ritos del olvido perfecto? ¿Qué conflagraciones pueden concretar ó evaporar este dolor? Quisiera que como salta una ave de una roca, esta aflicción huyera de mis días sin retornar al nido; quisiera . . . yo quisiera . . .

Eduardo me veía distraído y enfermizo; me procuraba distracción hablándome de las mariposas de colores que navegaban con las alas desplegadas en el ambiente apacible; me invitaba con respeto á tomar un baño de sol, y salíamos á recorrer las cañadas frescas, las márgenes del río que reflejaba floripondios y enredaderas trémulas, ó los caminos solitarios y que se me antojaban interminables, olientes á salvia y á jengibre.

Dos hechos, disímbolos y repentinos, me trastornaron locamente; la virgen londinense de ojos zarcos marchó para Inglaterra, y en el beso postrimero yo puse toda mi alegría y todo mi dolor de hombre. No he vuelto á sonreír, ni volveré á llorar! . . . Irlanda esclavizada, Escocia mártir, Inglaterra gloriosa: no devolveréis jamás á la mujer por quien rugió mi corazón como un jaguar apuñalearo! Yo beso vuestra tierra bendita que abriga su envoltura carnal!

La noche de la despedida eterna, el aire resoplaba entre las láminas de las techumbres; el profundísimo pesar me tenía des-

coyuntado y en desbandada completa mis pensamientos, contemplaba con pupilas de ciego la sombra impenetrable. En nada pensaba fijamente. Oí levantarse á Eduardo y le ví prender la lámpara de luz láctea. Su recia musculatura se dibujaba en la pared y sus barbas negras de cosaco aparecían más negras en la noche. Algo como un círculo de hierro me apretaba el cráneo. Intempestivamente, y con ríspida voz, Eduardo me dijo contemplándome fijamente y masticando la cola del tabaco:

—¿Usted sabe, señor, á quién tiene en su casa?

No pude encontrar respuesta á la pregunta.

—No entiendo lo que me quiere decir, Eduardo.

—Bueno; yo pregunto si usted sabe á quién tiene en su casa.

—Sí—repliqué incorporándome en el lecho con una sospecha espantosa.—A usted nada más.

—Y ¿sabe usted quién soy? Bueno; pues soy un enviado de su Divina Majestad. Cuando mi sacratísima madre llevóme á la pila bautismal, volaron del ábside de la iglesia muchas palomas, y una hostia más grande que la luna salió del cáliz y voces de arcángeles y serafines se oyeron por doquiera.

Su voz se fué ahuecando y haciendo tempestuosa.

—Hubo una segunda anunciación. Yo traigo, bajo mi apariencia humilde, misio-

nes vastas. ¡Ay de los incestuosos! ¡Ay de los libertinos! Moisés no resucitará jamás y su Génesis quedará como mentira. ¡Ay de los incestuosos! ¡Ay de los libertinos! El mentiroso Job, protagonista de una fábula de árabes, será más vil que su estercolero! ¡Ay de los profetas falsos! Martorillo el Calabrés ó San Francisco de Paula resucitará tal vez. ¡Ay de los que tenemos inmensos destinos que cumplir! ¡Ay de los que no escuchan las voces de las borrascas que se acercan! ¡Ay de los ladrones de documentos y de honras y de profesiones! ¡Ay de los abyectos! ¡Ay de los débiles de corazón! ¡Ay de los que lloran por una mujer! ¡Ay de los que escupen la espalda de los vivos y saquean el sepulcro de los muertos!

Retemblaba la pieza con su voz. A cada instante esperaba que aquellos brazos me aplastaran como las patas de un caballo. El terror me tenía inmóvil.

Y cuando aquel hombre abrió la puerta, yo salté de mi lecho empapado en sudor, y puse los cerrojos y acerqué mi petaca inmensa de viaje.

La aurora me miró en la misma posición: oyendo los menores ruidos y atento á los rumores de la calle. Y Eduardo no volvió; se perdió en el tiempo, en la noche, en las montañas, en las tinieblas de su locura défica y en los repliegues misteriosos de su destino nefasto!...



El Alma de oro.

A LA SEÑORA DE G. RAMIREZ.

Has llorado sin consuelo por la tórtola que un día de tus manos se escapó; por la blanca palomita que besaba tus cabellos, que dormía en tu regazo, que arrullaba tus insomnios y escondía entre tus manos su plumaje tornasol.

Has gritado sollozando: tortolita, alondra mía, vuelve al nido abandonado de mi yerto corazón; vuelve al nido y que tu gorja desparrame musicales armonías, como rueda el agua pura, gorjeadora y transparente por la llambria de un peñón.

Has gemido desolada por la gota de rocío que en el cáliz de tu espíritu prendió su fanal tremante y luego una racha tempestuosa le quebró, y un piadoso rayo ardiente de sol áureo, por temor de que á los fangos de la vida descendiera, la absorvió!

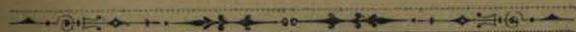
Y exclamaste: ¡perla mía, florecita de

mi campo, dulce aljófara de mi amor; reverdece en mi camino, balancea tu cunita en mi fronda que marchitan tu recuerdo y mi dolor!

Has llorado por la corza de blancura immaculada cuyos ojos entornó para siempre, temerosa de la infamia, de los cienos y vilezas que desgarran la inocencia y maculan el candor.

Ni tus manos maternas, ni tus besos infinitos, ni tus lágrimas de fuego, ni el clamor de tu pecho dolorido harán que torne el perfume al cáliz de oro que amoroso le albergó.

Llora, llora bajo el sauce que resguarda la crisálida de la bella mariposa que voló; bajo cielo zafirino ya revuela jubilosa, como alada estrella fúlgida que temblando se alejó!...



Epístola Simbólica.

A ELLA.

He pisado los limos del sagrado Nilo; he contemplado el sarpullido que les finge el musgo á los colosos de Tébas y sé que la estatua de la libertad es hueca, sin haber recorrido el mundo vario como el célebre asno de oro de Apuleyo. Y estoy contento con mis rudimentarios y vulgares conocimientos, porque despojado enteramente de pasión, creo que tu cariño para mí tiene un valor más grande que todas las maravillas del Universo.

Tu alma me parece como una tarde límpida; tiene aromas y quietud, y dulcemente le ofrece los labios á la noche.

Confórmate con nuestra vida que corre natural y espontáneamente, y olvida los guijarros en gracia de las flores que es maltan el camino. Nos ata la campiña con su paz y aquí debemos morir. Acostúmbrate á esta idea para que pierda su ne-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

gror, como Cambises que se comió al Buey Apis para probar que no era divino.

Esta dolorosa ausencia tiene su bondad; mira cómo las golondrinas se elevan en pos de un pavoncito y vuelven á su alero; mira cómo las ensombrecidas nubes huyen para caer alguna vez en lluvia diáfana.

El trabajo no defrauda y es el plinto de las reputaciones. No te aflijan los míos que deben ser tu orgullo, y que darán relativa solidez á nuestra felicidad efímera como la vida. Esas grandezas ficticias que brillan con engañoso resplandor, debidas á terribles humillaciones que pocas veces se traslucen, son verdaderamente horribles. Latrocinios, abyecciones, desvergüenzas: esto forman tales almas! Yo no sé cómo para la horda de Rinconetes y Cortadillos no resucita Santo Domingo el Mugriento que fundó la inquisición.

Bien está que nada cambie; pero es mi obligación aislarte de esas inmundicias. El antílope tiene bruñidos cuernos para su defensa, el alacrán su aguijón y el albañal su peste; pero esto no quiere decir que debamos aspirar en las letrinas ó llevar alacranes en el seno. Junto á las graneadas espigas dobladas por su harina, se yerguen las vacías; en cambio sobre una trabazón de bejucos llenos de abrojos se levanta una flor, y el carbón mordido por la lumbre se torna rojo. ¡Contrastes extraños y eternos!

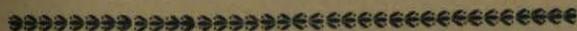
Hay que traducir el servilismo en do-

blones; y es tan extenso el mal, que si un nuevo Moisés diese la orden de decapitar á los adoradores del Becerro de Oro, nos quedaríamos sin humanidad.

Debes amarme como soy y por lo que soy, y no afligirte por mis trabajos diarios. Sí debo confesarte que á veces querría dormir veintisiete años de un tirón como Epiménides; pero, ¡figurate mi despertar! Nó, es preciso levantarse con el sol y no dar tregua al pensamiento, pues para el instantáneo necesitaría ser un vil.

Te perdería seguramente si fuera tal cosa, y para mí vales más que toda las maravillas del Universo.





¡Dios mío!

Han pasado tantos años, tantos, tantos, que á veces me conforta la idea de que mi corazón impasible y no desportillado aún está hecho para los grandes sacudimientos y las grandes tempestades como los volcanes.

Arboles bamboleantes, presas de raros estremecimientos; rumorosos, inclinados á instantes como para escuchar una voz cariñosa y leda; otros, silenciosamente recogidos en meditación reverente; unos, semejantes á esponjas; otros, iguales á pinceles; los más, como descomunales brochas, gibosos y torcidos, alfombrados de musgo verde, con arrugas ó lampiños, grabáos fieramente en mi memoria; llenad mi pensamiento atento como un centinela, de vuestro rumor, de vuestra música, de vuestros himnos! Mi frente que han asordado todas las ambiciones y las esperanzas todas, fielmente guarda la luz de aquella tarde, la poesía infinita de aquel crepúsculo, la

ALFONSIÑA

mirada de aquellos ojos tristísimos, el perfume de aquellas manos enguantadas y caídas en laxitud suprema. . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Oh! vuelve por el sendero sabuloso que guardó las huellas de tus piés; torna con tus ojos maravillosos, asombrados por el aleteante sombrero de paja, á henchir mi desolado espíritu de gozo; vuelve, vuelve á mí, que yo desde las rocas puntiagudas donde he asentado mi desolación, bajaré desgarrándome las ropas á llorar á tu lado, á llorar de inexplicable alegría de sér feliz, hondamente feliz un solo instante!

¡Oh, déjame sollozar á tu lado; deja que olvide mi dolor que he tenido en el alma como un cuchillo; deja que penetre á mi corazón el convencimiento de que no soy tan desgraciado; deja que llore mucho, mucho, al pensar que anduve en los limos de un mar de llanto oprimiendo tu recuerdo como la concha su perla!

Y sé que no volverás. . . . ¡que nunca volverás! . . . Yo sé que ni mis dolores atroces, ni mis ruegos espantosamente tristes, harán que tú vuelvas. ¡Oh, nunca volverás! . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haz renacer mi corazón oprimido por aquel recuerdo como un puñado de tierra por las raíces apretadas de un roble añoso; haz que detenido el tiempo resucite en aquella tarde maravillosa; haz porque mi espíritu no sufra; haz porque vuelva; haz porque me ame, porque. . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Siluetas.

Más bien que musculoso, magro; los ojos que al soslayo miran, entre irónicos y amables; con el reflejo amortiguado de la sonrisilla perpetua y vaga en el semblante largo; el sombrero de paja deteniendo la melena riza y con el bastoncejo de puño de plata en las manos enguantadas; así, con indiferencia que simula frialdad, pasa Jesús Acevedo por los bulevares metropolitanos, guardándose á la humanidad en el bolsillo y desplegando el pensamiento á la lluvia de oro de las musas.

El borbollón de agua límpida donde parece que se baña una paloma, las abejas sabias, el bosque senecto y siempre en Primavera; el remusgo que trae olor de mirthos, cedria de pino y alma de tomillo; la mañana espléndida de colores y frescura, y los encinos pródigos de reta-

llos, dánle sensación de triplicada juventud, de fuerza imperecedera, de anhelar constante. Ama con intensidad febril toda manifestación en que la exuberancia de las fuerzas psíquicas se externa, sobria y gallardamente; todo ejemplo de virilidad, toda anatomía armónica y fuerte y toda potencia cerebral, serena de convicción y risueña de juventud. El ideal griego cabe en su espíritu!

En edades remotas habría sido discóbolo, y por su amor á la filosofía sentádose habría en los pórticos de Atenas.

Y este muchacho que busca el mítin detonante, el palique burbujeador de sátiras que deflagran como hierros candentes al contacto de la lluvia; que riega su alegría como el abedul murmurios y hojas blancas, es un serio y un triste de corazón que ha encontrado en la vida, como Constantino cuando iba á combatir á Magencio, un lábaro con estas palabras del divino loco de Nuremberg: «hacéos duros.» Tiene un bello espíritu formado á golpes de voluntad y pulido y alustrado con todos los procedimientos de la cultura intensiva más selecta.

Ha signado su frente con las tristezas de Verlame y Rodembach, y ungido su ambición con el óleo mil veces sacrosanto de Nietzche.

Ha sido para consigo mismo «su confesor y su poeta;» y cultísimo como es, su futuro irrimisiblemente será radioso.

Es consecuencia inevitable de su aris-

toeracia espiritual el horror casi instintivo á la vileza hedionda, á «la chatura artística, á la mulatez intelectual,» á la abyección que se ostenta con desvergüenza de mesalina é impudor de limosnero leproso.

Y su educación ha sido lenta pero firmísima. En la Escuela de Bellas Artes dejó su rastro preciso de personalidad artística y regocijado ingenio, y en muchos concursos abiertos por el Gobierno para la construcción de edificios escolares, ha vuelto siempre con el ramo de laurel olímpico en la diestra.

Su victoria última tiene relieves de imposición. Su proyecto de Monumento á Juárez, al que la prensa toda y la opinión pública de manera unánime y como axiomática le han discernido el premio, anticipándose fundadamente al laudo del Jurado, será una muestra de alta intelectualidad en nuestra patria.

La firmeza del dibujo, sin vacilaciones ni titubeos de rapaz; el vigor y amplitud de la concepción y la acertada elección de elementos que hacen un todo armónico de belleza tranquila, han causado y no sin razón, un asombro por la juventud del artista y una satisfacción profunda, porque solo, humildemente, se ha llevado el triunfo sin protestas.

Y el General Díaz, que ha hecho montañas con silex, granitos y rocallas; que ha sido ráfaga sacudidora de frondajes distintos hoy, moviéndose á compás y

aprisionando notas diversas en la pauta del deber ha formado un himno soberbio, sentirá seguramente el orgullo de ver que un muchacho ha sido el triunfador en uno de los concursos arquitectónicos más serios y trascendentales de la República.

Y estaba previsto el resultado favorable á Acevedo en este concurso nobilísimo; porque su perseverante estudio, su devoción al arte excelso, sus conocimientos enciclopédicos y sus facultades excepcionales, fundaban en cierto modo tal previsión que no ha sido defraudada. De estéril y mal cultivado ingenio, habría resultado "un hijo seco, avellanado, antojadizo" y no la obra llena de originalidad y pródiga de belleza.

Seguramente que en las próximas segazanes, la graneada espiga rendirá puñados de oro; el artista, en ascención constante, derrochará los tesoros de su talento privilegiado, de su personalidad tan brusca como reciamente definida.

De hoy para entonces, podemos aplicarle con toda exactitud aquellas célebres palabras: "es un árbol, que será bien pronto un mástil de navío."



Almas Infantiles

A LA SEÑORITA L. BUSTOS.

¡Oh, qué encanto, qué dulzura, qué inefable atractivo tienen para mí los campos cuando la vida errumpe por doquiera!

Las copas florecidas de los manzanos y almendros como chinescas mantillas que sobre escuetas ramazones orearan los céfiros; el ocaso como estadio tras juegos circences; los rayos del sol que, al hundirse tras la calva serranía, clavan sus venablos en las nubes-concreciones en la concha enorme de los cielos, todo, todo esto infiltra su juventud en mi sér, y su soplo saludable pone temblores en el lago adormilado de mi espíritu!

Desde el herrumbroso balcón de esta vieja hacienda hospitalaria, miro barcinar la paja; las eras donde acriban el trigo que va formando montones de inquietos gusanillos de oro; los bueyes acoyundados, con los ojos bondadosos bendiciendo

ALFONSEINA